

**NACIONALISMO ESPAÑOL:
LAS POLÍTICAS DE LA MEMORIA**

Javier Moreno Luzón (Coord.)

Entre el progreso y la virgen del Pilar La pugna por la memoria en el centenario de la Guerra de la Independencia*

JAVIER MORENO LUZÓN
*Universidad Complutense de Madrid
y Centro de Estudios Políticos y Constitucionales*

—Para que vea la gente que aquí sabemos hacer las cosas cumplidamente, todo héroe habrá de tener su calle correspondiente...

¡Y monumentos! ¡La mar! ¡Y estatuas! Decir no quiero las que pretenden alzar.

¡Hasta a «Juan el cacahuero» se la van a levantar!...

—¡Magnífico programón! ¡No nos la darán con queso al final de la función!

—¡No! Paraíso, «para eso», no haría su Exposición¹.

MAURA dijo no. En julio de 1907, a unos meses del centenario del levantamiento contra Napoleón que había dado inicio a la Guerra de la Independencia, el presidente conservador aseguró en el Congreso de los Diputados que carecía de medios para abordar la conmemoración. Las continuas peticiones de las ciudades que reclamaban un pedazo de gloria en aquella lucha patriótica hicieron poca mella en su ánimo: si ya siendo ministro en 1903, con ocasión de otra pregunta parlamentaria, había respondido que no disponía de «una peseta que poder dedicar a esto», ahora contestaba que su gobierno no tenía «un pozo artesiano de donde sacar los recursos» que se le requerían². Y eso a la vez que

* Agradezco su ayuda a Carlos Forcadell y a Eloy Fernández Clemente, que me guiaron por la historia y la geografía urbana de Zaragoza.

¹ «El Centenario en broma», revista de Tomás Aznar, *El Liberal*, 26 de abril de 1908.

² *Diario de las Sesiones de Cortes. Congreso de los Diputados (DSC)*, 16 de julio de 1903, pág. 1133; y 24 de julio de 1907, extracto oficial del núm. 60, pág. 5.

planeaba, por ejemplo, la construcción de una costosa escuadra de guerra. A primera vista, las implicaciones de esta actitud parecen obvias: Maura no hacía sino mostrar el sorprendente desinterés que sentían las elites políticas españolas por la nacionalización de las masas. Cuando en otros países los gobernantes se dedicaban a alimentar los mitos nacionales con celebraciones que trataban de legitimar a los poderes establecidos y de unir a la población en torno a ellos, sus colegas españoles, encastillados en el universo oligárquico de la Restauración, seguían ciegos a las exigencias de la política moderna. Hasta el punto de desaprovechar la oportunidad que brindaba la memoria de un enfrentamiento armado, el de 1808-1814, que, entendido como guerra de liberación nacional, constituía un episodio crucial en la historia de la nación española elaborada durante el siglo XIX. Una desidia de los políticos que, a la postre, dejó huérfana de españolismo a la mayoría de los ciudadanos y permitió tanto la subsistencia de sólidas identidades locales como el fortalecimiento de nacionalismos alternativos.

Sin embargo, el panorama entero resulta mucho más complejo. Para empezar, los gabinetes liberales que habían precedido al de Antonio Maura se habían implicado, con medidas legislativas y bastante dinero, en las fiestas que preparaba Zaragoza para conmemorar los Sitios de 1808 y 1809, convirtiéndolas de ese modo en el número principal del centenario. Maura se conformaba pues con lo que habían dispuesto sus predecesores, no sin hacer, eso sí, algunos recortes a las previsiones iniciales. Por otro lado, el contexto político estaba marcado por la proliferación de iniciativas nacionalistas de muy diversa índole. Nunca como entonces, sobre todo después del *Desastre* de 1898, se habían multiplicado los monumentos conmemorativos y los símbolos en las calles, los desfiles, las ceremonias, los discursos, las publicaciones, los debates en la prensa y los actos más variados en homenaje a la nación. El problema no residía en la ausencia de proyectos nacionalizadores, sino tal vez en su exceso. Militares, católicos, conservadores, liberales, republicanos, fuerzas vivas y autoridades locales, desde los periodistas de provincias hasta el rey, fueron muchos los actores políticos que formularon ideas nacionalistas y las expresaron en la esfera pública con el fin de captar el favor de la opinión. Además, el nacionalismo español ya no estaba solo, sino que debía competir con movimientos como el catalanista, en pleno desarrollo. Lo cual ayuda a entender, por cierto, las reticencias de Maura, aliado político en aquellas fechas de la Lliga Regionalista de Francesc Cambó. De manera que una visión excesivamente mecanicista y unidireccional de los procesos de nacionalización, según la cual los intelectuales construían los mi-

tos, después los gobernantes estatales los difundían y por último las gentes de a pie los asimilaban, no da cuenta de lo que ocurría en la España de comienzos del siglo xx. Las identidades se formaban, se transformaban y se manifestaban de muchas maneras. Además, la existencia de localismos o regionalismos pujantes no implicaba necesariamente la debilidad de los vínculos nacionales. Y la memoria colectiva, expresada en términos nacionalistas, se hallaba lejos de constituir una especie de objeto terminado y se asemejaba más bien a un campo de juego en perpetuo cambio, a un tablero que acogía el conflicto y la negociación entre fuerzas distintas. Fuerzas que actuaban desde arriba o desde abajo, a través del Estado o de la sociedad civil, desde el centro o desde la periferia, cada una con sus intereses y objetivos particulares, ansiosa por apropiarse del espacio social común, por imponer su versión de la historia con el fin de movilizar a la población y de reafirmar sus propias señas de identidad. Unas veces el acuerdo entre ellas era posible, otras no.

El centenario de la Guerra de la Independencia señala pues un hito en la atmósfera saturada de nacionalismo que se respiró en España tras el 98 y abre una ventana al análisis de esa pugna por la memoria. Este trabajo explora el tema partiendo de los rasgos generales de la efeméride para estudiar a continuación lo sucedido en el epicentro de la misma, la ciudad de Zaragoza, que sufrió una intensa fiebre conmemorativa en 1908. Allí surgieron numerosas fórmulas que, en mayor o menor medida, exaltaban los valores nacionales a través de la sublimación de lo local; allí compitieron por definir los significados del evento diversos programas nacionalistas, agrupados fundamentalmente en torno al nacional-catolicismo y a un nacionalismo regeneracionista de raíces liberales; y allí, en fin, los diversos festejos —que culminaron en una gran Exposición Hispano-Francesa de artes e industrias— obtuvieron un rotundo éxito. A diferencia de otras muchas empresas nacionalistas anteriores y posteriores, en ésta no hubo que hablar de fracaso.

LAS MÚLTIPLES CONMEMORACIONES DE 1908

La Guerra de la Independencia, *inventada* a lo largo del siglo xix, adquirió un indiscutible valor como mito fundacional de la nación española en la época contemporánea. A comienzos del xx, la mayoría de los opinantes asumía sin apenas fisuras el núcleo del relato nacionalista decantado en decenios anteriores: ante la invasión napoleónica de 1808, los españoles se habían alzado de modo casi unánime en defensa de su integridad y habían hecho posible, a tra-

vés de incontables sacrificios, la victoria final sobre los franceses en 1814, todo lo cual había salvado a la patria y probado asimismo las recias virtudes que adornaban a la raza, unida por encima de las diferencias regionales, valiente y celosa de su libertad nacional frente a la tiranía extranjera. No obstante, la interpretación depurada de la epopeya patriótica variaba substancialmente dependiendo de las posiciones políticas de cada cual: para los liberales, más enfáticos cuanto más a la izquierda se situaran, la nación tendía a confundirse con el pueblo, encarnado por los héroes salidos de sus entrañas y por los militares unidos a él. Un pueblo que, pleno de dignidad y altivez, había empujado al país hacia la modernidad frente a unas elites sociales y políticas entregadas al enemigo. El patriotismo se había fundido con el amor por las libertades en las Cortes que habían proclamado en Cádiz el principio de soberanía nacional. Para los sectores más conservadores y católicos, lo que contaba era en cambio la religiosidad de los españoles, que habían peleado contra las novedades revolucionarias que venían de Francia y en favor de la indisoluble unión entre la fe católica y la patria. Es decir, en pro de la monarquía tradicional hispánica, estrechamente ligada a la Iglesia. No sin matices internos de cierta relevancia, como los que sopesaban el papel de la corona, el nacionalismo liberal y el nacional-catolicismo, consolidados ya como versiones alternativas del imaginario nacionalista español, se disputaban la memoria de aquellos episodios³.

Casi todos los elementos influyentes en el escenario político de 1908 celebraron de alguna forma el centenario, aunque unos se mostraron mucho más entusiastas y participativos que otros. Para empezar, la prensa, herramienta de primer orden a la hora de influir en la opinión pública, adoptó actitudes muy variadas. Los diarios liberales —monárquicos o republicanos— urgieron constantemente a la conmemoración ofreciendo razones y propuestas, atendieron con detalle a los festejos y publicaron regularmente números especiales llenos de noticias y curiosidades, crónicas, poesías, himnos, grabados y fotografías. De acuerdo con el periodista de *El Imparcial* Mariano de Cavia, uno de los más activos animadores de las fiestas, los intelectuales debían enterar al ciudadano de lo que sus antepasados habían logrado para incorporarlo al «culto de la raza y de la

³ La *invención* de la Guerra de la Independencia, en Álvarez Junco (2001), capítulo III. Un repaso de las posiciones en los años diez del siglo XX, en Moreno Luzón (2003). La versión liberal, por ejemplo en Jacinto Octavio Picón, «La santa indisciplina», *El Liberal*, 2 de mayo de 1908.

Historia». *El País* proclamaba que «es nuestro objeto evocar nombres y hechos gloriosos, recordar la historia, difundirla, popularizarla, y, sobre todo, contagiar, si nos es dable, el entusiasmo» por los protagonistas de la gesta. Mientras tanto, los periódicos conservadores, salvo alguna excepción como el monárquico *ABC*, se limitaron a ofrecer escuetas informaciones acerca de las solemnidades. Los tradicionalistas tacharon incluso de falso el interés de la prensa liberal por ensalzar una cruzada eminentemente antiliberal. Pero en los medios afines a la izquierda dinástica y a los partidos republicanos, la efeméride se erigía en una obligación ineludible, pues a través de ella había de dilucidarse la vitalidad de la nación española tras años de decadencia que habían culminado en torno al 98. Como decía *El Liberal*, se trataba de dar «fe de vida de nuestro pueblo», de basar en la memoria de las energías pretéritas el renacer del alma colectiva: «celebremos el Centenario y recobremos nuestra dignidad, nuestra personalidad y nuestra fuerza». La conmemoración servía pues para demostrar lo que España era y para enlazar pasado, presente y futuro en un discurso populista, nacionalista y proyectivo⁴.

Por ello parece natural que esos mismos círculos del liberalismo radical se viesen decepcionados con muchas de las actividades que se organizaban y atacasen a menudo la pasividad o la inoperancia de quienes no secundaban sus iniciativas. Así, criticaron a los escritores que se desentendían de la divulgación de las hazañas históricas, a las clases adineradas que despreciaban los festivales populares y, ante todo, al gobierno de Maura, que se escudaba en la financiación de los actos destinados a conmemorar los sitios de Zaragoza para no ceder a las demandas de patrocinio de otras poblaciones. De hecho, los conservadores eliminaron una disposición liberal que preveía el cumplimiento de los decretos en los que las Cortes de Cádiz obligaban a celebrar al menos los hechos de Girona, Astorga, Manresa, Ciudad Rodrigo y Molina de Aragón. Y las comisiones provincianas que llegaban a Madrid en busca de ayuda eran, según *El País*, «peor recibidas que las importunas embestidas de caciques o de candidatos encasillables». Por ejemplo, las que se formaron para rememorar la batalla de Bailén de julio de 1808, que, a diferencia de otras fechas cercanas, había supuesto una victoria sobre el enemigo, no una derrota regada por la sangre de los hé-

⁴ Mariano de Cavia, «Madrid ante el Centenario», *El Imparcial*, 15 de marzo de 1908. *El País*, 21 de enero de 1908. *El Liberal*, 9 y 11 de enero de 1908. La postura tradicionalista, en *El Siglo Futuro*, 2 de mayo de 1908.

roes. Se reunieron los representantes en Cortes de las provincias andaluzas, presididos por el jefe del Partido Liberal, Segismundo Moret, para procurar la construcción de un monumento; y acudieron a Maura los propios paisanos de Bailén de la mano de su diputado, el también liberal y militante españolista Niceto Alcalá-Zamora, con el fin de montar grandes ceremonias oficiales. Pero el jefe conservador sólo tenía una respuesta: no. Entre las explicaciones a tanta negativa maurista que circularon por entonces sobresalía una: el gobierno temía la reacción adversa de Francia, cuya amistad era imprescindible para una política exterior española que aspiraba a salir del aislamiento tras el *Desastre* y se hallaba en vías de establecer una colaboración permanente con los franceses en Marruecos. Algo que, para el caso de Bailén, confirmó el mismo Alcalá-Zamora en sus memorias, pero que se antojaba una solemne tontería a la izquierda periodística, incapaz de comprender cómo podía ofenderse una república democrática que, por serlo, debía abominar de tiranos como Napoleón y aceptar sin problemas las legítimas expresiones del orgullo nacional de sus vecinos⁵.

El caso es que, ante el retraimiento del gobierno, el grueso de las celebraciones se debió a impulsos locales. Esto ocurrió en Madrid, la capital de la monarquía y polvorín donde se había prendido la mecha de la rebelión antifrancesa el 2 de mayo de 1808. El ayuntamiento conservador tardó mucho en ponerse en marcha y en recaudar fondos a través de una suscripción pública. Las caricaturas de los periódicos mostraban al alcalde, conde de Peñalver, pidiendo limosna para el centenario. Así pues, las iniciativas más dinámicas correspondieron a la sociedad civil madrileña y al ejército. Por un lado, organismos como el Círculo de Bellas Artes, presidido por el exalcalde liberal moretista y «óptimo madrileñizante» Alberto Aguilera, que puso grandes lápidas dedicadas a *los héroes populares* en los lugares de la memoria del alzamiento y patrocinó un festival militar donde se tocaron músicas compuestas para la ocasión; y el Centro de Hijos de Madrid, presidido por el periodista Javier Betegón, interesado en que no sólo se recordara a los héroes sino también a las víctimas, y en erigir un monumento *al pueblo del Dos de Mayo de 1808*. Por otro lado, el cuerpo de artillería, que homenajeó a sus héroes los capitanes Daoiz y Velarde y organizó un festival escolar con

⁵ Se trataba del art. 3.º de la ley de 22 de enero de 1907, *DSC*, Leg. 1907, Apéndice 10 al núm. 55. *El País*, 24 de enero, 9 de abril (cita) y 14 de mayo de 1908. *ABC*, 5 de abril de 1908. Alcalá-Zamora (1977; 1998), págs. 51-52. La tontería, en *El Liberal*, 6 de enero de 1908, y *El País*, 10 de enero de 1908.

10.000 niños de las escuelas públicas de Madrid reunidos en torno a la bandera nacional. En estos actos resultó evidente la vocación pedagógica de los militares, que entregaron a los alumnos libros sobre los artilleros y el Dos de Mayo. Un tipo de textos que abundaba ya entre las lecturas recomendadas por las autoridades para su uso en las aulas y que solían subrayar los acontecimientos de 1808, con despliegue de actos heroicos castrenses, como ejemplo de conducta para una infancia ideal, dispuesta a morir por la patria⁶.

La conmemoración de Madrid, orquestada de acuerdo con un «entequillo programa de festejos, parido a prorrato entre varias ilustres personalidades», consiguió sin embargo un enorme eco popular. Las capas medias y bajas de comerciantes, artesanos y trabajadores contribuyeron en un porcentaje muy apreciable a la suscripción municipal, mientras que el pasodoble *El Dos de Mayo*, del maestro Chueca, encargado por el Círculo de Bellas Artes y dedicado al ejército, se convirtió en la música de moda que se tocaba lo mismo en los toros que en la explanada de palacio. Y, un dato reconocido por todos, los madrileños asistieron masivamente a las ceremonias públicas, que eclipsaron por completo la sobria celebración del Primero de Mayo por parte de los obreros socialistas. Al éxito coadyuvó de forma decisiva la participación del rey Alfonso XIII en la práctica totalidad de los números previstos, lo cual infló su significado y su repercusión. Desde luego, la sola presencia del monarca obviaba la falta de altura de las elites gobernantes y dotaba a los rituales conmemorativos de una potencia simbólica y de una capacidad nacionalizadora muy notables. El mensaje llegaba a más gente, más lejos y más alto. Algo que provocaba un constante tira y afloja entre quienes deseaban llevar al rey a sus propios actos; y que conocía a la perfección Antonio Maura, empeñado precisamente en aprovechar la simbiosis latente entre la monarquía y la nación española —o por lo menos cierta idea de la misma— para integrar a todas las regiones, y en particular a Cataluña, en sus proyectos nacionales a través de las reiteradas visitas de don Alfonso, que en 1908 hizo varias a Barcelona y a otras poblaciones catalanas. Los liberales de Madrid denunciaron las supuestas intenciones mauristas de descapitalizar la capital con tanto viaje regio⁷.

⁶ El centenario en Madrid ha sido estudiado con brillantez por Demange (2003), capítulo VII, del que aquí se toman algunas referencias. Caricatura, en *Abc*, 1 de abril de 1908. El calificativo de Aguilera es de Cavia, *El Imparcial*, 15 y 17 de enero de 1908. Un ejemplo de libro de lectura militarista, en Monedero (1895; 1901).

⁷ Demange (2003). Cita de Luis Gabaldón, «Hace cien años...», *ABC*, 2 de mayo de 1908. Suscripción, por ejemplo en *ABC*, 3 de abril de 1908; pasodoble, 30 de abril y

Pues bien, Maura no parecía de antemano muy contento con la posible participación de Alfonso XIII en las fiestas de Madrid, que no fue anunciada en los prospectos oficiales, y hasta se ausentó de la capital en vísperas del evento. Pero el rey, «muy madrileño», comprometido con *el pueblo de Madrid* y en plena sintonía con los impulsores del centenario, decidió acudir a ellas y, al decir de la prensa liberal y de algunos medios relacionados con palacio, forzó el regreso de Maura y se impuso en el rifirrafe a su presidente. Don Alfonso descubrió las lápidas en honor de los héroes, asistió a funerales por las víctimas, presidió desfiles, funciones de zarzuela y fiestas académicas, inauguró el monumento al pueblo y una gran exposición histórica. Y, sobre todo, tomó parte en algunos actos especialmente significativos, como la procesión cívica que, compuesta por diversos elementos sociales y por unas cuantas carrozas alegóricas, recorrió el centro de la ciudad, desde San Francisco el Grande hasta el campo de la Lealtad, donde se elevaba de antiguo el gran obelisco al Dos de Mayo. A pie y entre vítores del público que contemplaba el espectáculo en las calles engalanadas, el rey se dio un baño de multitudes sin precedentes. Pero el momento álgido llegó durante el festival escolar, cuando Alfonso XIII cogió en brazos al príncipe de Asturias, que estaba a punto de cumplir un año de edad, y le hizo besar la bandera bajo el arco de Montealeón, donde Daoiz y Velarde habían dado su vida por España. La emoción estremeció al gentío. Como si no bastara con estas demostraciones nacionalistas y dinásticas, la familia real se acercó también a Móstoles para descubrir una estatua de Andrés Torrejón, el alcalde que había lanzado el primer grito de guerra contra los franceses. Naturalmente, los monárquicos interpretaron lo sucedido como una prueba de los vínculos que unían al soberano con su pueblo, que apuntalaban sin demasiado esfuerzo la visión de las cosas del liberalismo dinástico. Porque, como escribía *El Imparcial*, confirmaba que «esta monarquía española es una monarquía democrática y popular» y que en ella el rey tan sólo era «el primer ciudadano». Maura, por su parte, salía muy mal parado al atribuírsele una gran aversión a fundir corona y sociedad: Cavia llamaba a los ministros conservadores *los mamelucos de Murat*. Hasta los republicanos tuvieron que reconocer el acierto de don Alfonso, que había sabido escuchar los deseos populares, y asumieron que el inesperado triunfo revelaba la pujanza indiscutible del *alma española*. Aún cuando ésta se

11 de mayo de 1908. El capital simbólico del rey y su manejo por parte de Maura pueden verse en Hall (2003) y González (2003). *El año político*, 30 de octubre de 1908.

maron la delantera asociaciones independientes. En Cádiz y Alicante, los casinos. En Valencia, la sociedad valencianista *Lo Rat Penat*, que amparó el desfile de autoridades y corporaciones con el fin de honrar al *palleter*, héroe popular de la guerra, y a los defensores de la ciudad. La superposición de identidades, con predominio en este caso de la local, se ponía de manifiesto cuando se descubrían las placas conmemorativas, escritas en valenciano: «*Lo poble de Valencia en esta plassa, alsant lo crit un palleter, li declara la guerra a Napoleó*» o «*Als héroes de la guerra de la Independencia, defensors de la ciutat*». Otras veces recaía la responsabilidad en meros particulares, como en Murcia, donde un profesor montó la fiesta escolar de la bandera. En Sevilla, además de las efusiones localistas de rigor, un comandante de artillería promovió que se acercaran a la feria de abril delegaciones de todas las *provincias* españolas, que, ataviadas con trajes regionales, desfilaron entre vivas a España y se dedicaron a bailar en sus respectivas casetas sardanas, jotas o pravianas. Un festival que dio en llamarse *España en Sevilla*, y que, según la autoridad militar, ponía de relieve que, «hijos todos de la misma raza», «sentimos al unísono con los que, en fechas remotas, supieron mantener muy altos los ideales patrióticos». De manera más o menos implícita, se trataba de responder al catalanismo agrupado desde 1906 en la Solidaridad Catalana con una especie de simbólica *Solidaridad Española* que concebía a la nación como un conjunto de regiones ensambladas. Regionalismo y nacionalismo iban del brazo. Algo similar había alentado Cavia en Madrid al sugerir que los centros regionales depositaran coronas de flores en el campo de la Lealtad, o el consistorio madrileño al solicitar, sin muchos resultados, que se sumasen a la parada carrozas en representación de las diversas regiones. No en vano se discutió si los delegados catalanes habían aplaudido suficientemente en Sevilla el paso de la bandera española¹⁰.

Lugar aparte merece por tanto Cataluña, donde el centenario revistió rasgos peculiares. En principio, también allí se recordaron los episodios gloriosos de la *guerra del francés*, nombre que, significativamente, los catalanes usaban más que el de Guerra de la Independencia. La principal conmemoración fue la de la victoria lograda en junio de 1808 por los somatenes locales sobre un ejército napoleónico en El Bruch. Igualada montó una fiesta con fuerte contenido

¹⁰ Valencia, en *Abc*, 29 de junio de 1908. Sevilla, en Varios Autores (1908), cita en pág. 57; y *El País*, 1 de mayo de 1908. Solidaridad Española, en *El Imparcial*, 10 de enero de 1908. Polémica, en *Abc*, 3 de mayo de 1908.

expresara para aclamar a un Borbón. «Todavía hay pueblo», concluía *El Liberal*⁸.

Pese a la aparente ausencia de instrucciones gubernativas, el *centenario de la Independencia* siguió en las demás ciudades pautas muy similares: se organizaron exequias por los fallecidos en la guerra, pasacalles, bailes, procesiones cívicas o cívico-militares, repartos de ayudas a los pobres y de premios a los escolares, veladas musicales y teatrales, exposiciones de objetos históricos y homenajes a los héroes alrededor de sus estatuas, descubrimientos de lápidas y *primeras piedras* o inauguraciones de monumentos. Sólo el 2 de mayo se llevaron a cabo ceremoniales en al menos dieciséis poblaciones importantes, pero lo normal fue que cada localidad conmemorara sus propias fechas gloriosas: a lo largo de 1908 lo hicieron por ejemplo La Coruña, Villagarcía, Gijón, Oviedo, Sagunto, Valencia, Medina de Rioseco y Bailén, que vio encogerse los ambiciosos planes iniciales; y en años sucesivos se desgranaron las correspondientes fiestas en otros puntos y se elevaron varias esculturas públicas, algunas de grandes dimensiones como la de los héroes del Puente Sampayo en Pontevedra, de 1911, por suscripción popular y a propuesta del centro gallego de Madrid que presidía el diputado liberal Eduardo Vincenti; y la dedicada a la batalla de Vitoria, de 1913. Básicamente, el patrón consistía en destacar los méritos y hazañas autóctonas en la Guerra de la Independencia sin cuestionar su carácter de lucha española. Las distintas ciudades competían entre sí por ver cuál había sido más arrojada en la epopeya patriótica. Como había pasado ya en Madrid, las identidades nacional y local, y a veces la regional, se reforzaban mutuamente en rituales que enfatizaban la cohesión de la comunidad en torno a las virtudes de los paisanos que habían bregado un siglo atrás con las tropas francesas. El ejemplo de los muertos fortalecía el espíritu cívico de los vivos⁹.

En la mayoría de los lugares llevaron la batuta los ayuntamientos o los parlamentarios con influencia en sus respectivos distritos, que ejercían una especie de liderazgo comarcal; aunque en algunos to-

⁸ El rey, en *Abc*, 25, 26 y 28 de abril y 2-4 y 17 de mayo de 1908; la polémica sobre su asistencia a los actos del centenario, en «Más docenas de verdades», *La Correspondencia de España*, 4 de mayo de 1908. «El Rey y Maura», *El Imparcial*, 3 de mayo de 1908. «El pueblo» y «Uniformidad plausible», *El Liberal*, 3 y 4 de mayo de 1908. También *El País* y *El Siglo Futuro*, 4 de mayo de 1908.

⁹ «El centenario en provincias», *El Imparcial*, 2 de mayo de 1908; y *Abc*, 3, 4, 7, 11, 12 y 26 de mayo, 13, 22, 26 y 29 de junio, y 17 y 20-22 de julio de 1908. Los monumentos, en Reyero (1999).

católico, en la que se impuso la corbata de capitán general a la bandera del Santo Cristo del somatén. La infanta María Teresa, hermana del rey, y su esposo don Fernando —que presidieron los actos, revistaron a los somatenistas de toda Cataluña y escucharon himnos y sermones patrióticos en el mismo escenario de la batalla— mostraron que no sólo Alfonso XIII sino también otros miembros de la familia real tenían capacidad para vincular a la corona con la nación en ceremonias públicas, reforzando de paso el orden social al recibir en Manresa, entre banderas catalanas y españolas, las ovaciones de los obreros de las fábricas. Esta última ciudad consiguió además que el gobierno Maura patrocinara la construcción de una escuela-modelo para honrar la efeméride con una «obra de verdadero patriotismo y amor a nuestra España». Más tarde se produjo un conflicto en torno a dónde debía ubicarse la estatua en honor de *los mártires de la Independencia española*, si en el Bruch, como querían los paisanos y quienes habían iniciado una suscripción *nacional*, o en la montaña de Montserrat, donde se pretendía celebrar, junto con aquellos hechos heroicos, la proclamación de la virgen como patrona del somatén catalán. Al final se impuso esta última opción, que descafeinaba el contenido españolista y lo recatolizaba, sancionada con acuerdo del monarca¹¹.

En Barcelona, sin embargo, los intentos de revivir lo ocurrido un siglo atrás resultaron minoritarios y pobres. Ya en 1909, las fuerzas conservadoras de la ciudad consiguieron homenajear a los *beneméritos de la patria* ejecutados por el invasor y dedicarles una capilla en la catedral. Pero el paisaje político barcelonés, y una buena porción del catalán, estaba dominado por partidos catalanistas que rechazaban tanto el carácter nacional de la guerra como la francofobia que conllevaba. Frente al primer centenario de 1808 tenían preparada otra conmemoración alternativa: el séptimo centenario del nacimiento del rey Jaime I de Aragón, convertido por sus admiradores en padre de la nacionalidad catalana, fundador de las libertades municipales y creador de un imperio capaz de alimentar las esperanzas del catalanismo novecentista y hasta de inspirar a los republicanos federales¹². Las celebraciones incluyeron viajes del Centre Excursionista a Mallorca, una estatua situada en el en-

¹¹ José Aladern, «Crónica catalana», *Nuestro Tiempo*, núm. 116 (agosto de 1908), págs. 188-200. *Abc*, 9-11 de junio de 1908. Archivo Antonio Maura (AM), L316/5 (cita en petición del alcalde de Manresa, 11 de diciembre de 1907) y 16.

¹² Michonneau (2002), págs. 179-194. «Alocució de la junta organitzadora de la commemoració del primer centenari de la Guerra de la Independència a Barcelona», AM L317/8.

lace entre la Barcelona medieval y la reforma que rompía el casco —«el siglo XIII y el XX en contacto, no sólo material, sino moralmente»— y, lo más llamativo, una cabalgata histórica, con participación del ejército, que no lograron suspender ni las bombas que estallaron en su recorrido. Tarragona, por su parte, preparó un panteón de reyes de la *confederación catalano-aragonesa* —«el Escorial de Cataluña»— para enterrar al Conquistador. A diferencia de lo ocurrido en otras zonas, aquí se oponían con claridad patriotismo catalán y nacionalismo español. Pues bien, lo curioso y revelador es que, en contraste con la cicatería que desplegaba ante otros proyectos conmemorativos, Antonio Maura, mallorquín y entusiasta del monarca aragonés, animó y apoyó con dinero público su centenario. Lo consideraba, eso sí, «uno de los fundadores de la unidad nacional que preparó conquistando para la España cristiana los reinos de Mallorca, Valencia y Murcia». El gobierno alentó las celebraciones fuera de Cataluña, aunque sin mucho eco, y reeditó crónicas y documentos. Estaba claro que su idea de nación bebía más de la imagen de un rey benévolo que gobernara sobre un conjunto de territorios autónomos, que del espectáculo truculento de las masas populares alzándose en armas contra un emperador. Algo que además convenía a su estrategia política inmediata: sacar adelante la ley de reforma de la administración local, que contemplaba la formación de mancomunidades provinciales, con el sostén del catalanismo moderado¹³.

Como era previsible, los comportamientos de Maura frente a las conmemoraciones enfrentadas indignaron al españolismo liberal y demócrata. Los republicanos comparaban el centenario de la independencia, memoria viva de la nacionalidad española, con las traicioneras y apollilladas honras a *la momia del rey Don Jaime*, y acusaban al gobierno y a los catalanistas de agarrarse a una celebración para aguar la otra. Cavia ironizaba: «perdone el *gloriós En Jaume*..., que más de cerca nos tocan y nos interesan los héroes y los mártires de 1808»¹⁴. Por aquellas mismas fechas tomaba cuerpo una alianza de las izquierdas monárquicas y republicanas forjada para

¹³ Aladern, «Crónica catalana», pág. 194. *La Ilustración Española y Americana*, 8 de julio de 1908. Centenario de D. Jaime, en AM L305/17 (citas de nota oficial, s.a., y de «copia de la carta dirigida a los sres. alcaldes... por la comissió executiva del VII Centinari del Conqueridor», febrero de 1908). También *La Época*, 6 de abril de 1908.

¹⁴ «La momia del rey Don Jaime y el Centenario de la Independencia», *El País*, 9 de abril de 1908. «Añoranzas catalanistas», *El Liberal*, 13 de abril de 1908. Mariano de Cavia, «Actualidad», 29 de abril de 1908.

plantar cara al proyecto conservador de ley antiterrorista, cuyos recortes a la libertad de expresión hicieron ponerse a los periódicos liberales a la cabeza de la protesta. Una movilización que sirvió de origen al *bloqueo de las izquierdas* antimaurista y que coincidió asimismo con el fortalecimiento de la memoria liberal-progresista del siglo XIX, asociada o no con el centenario. Pues aquel 1908 los veteranos milicianos nacionales de Madrid desfilaron lo mismo el Dos de Mayo que tras las exequias por los revolucionarios muertos en julio de 1854; se celebró en algunas ciudades el *jubileo de la libertad*, que en la capital adquirió la forma de un homenaje de tintes masónicos y anticlericales a Mendizábal, el ministro de la desamortización eclesiástica, cuya efigie en la plaza del Progreso saludaron los niños de las escuelas laicas; se trasladaron los restos del jefe radical Ruiz Zorrilla a un panteón en Burgos; hubo concentraciones en recuerdo del general Prim en Reus y se descubrió en Madrid un imponente monumento a Emilio Castelar, presidente de la Primera República, construido gracias a una amplia suscripción en la que participaron más de mil ayuntamientos y varios comités latinoamericanos. Era una estatua concebida como apoteosis de la oratoria, del liberalismo avanzado y también de la patria que, según los promotores, se hallaba en peligro de ruptura. La asistencia del gobierno en pleno a la inauguración subrayó el significado de Castelar como gloria nacional, lo cual no acabó sin embargo con el potente mensaje progresista que emitía el monumento coronado por las figuras de la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad. En el aniversario de la revolución de septiembre de 1868, que se conmemoró tras muchos años de desidia, decenas de miles de manifestantes —otra vez *el pueblo* de Madrid, con los jefes liberales al frente— marcharon desde el obelisco del Dos de Mayo hasta la estatua de Castelar. De esta manera, 1808 y 1868 se enlazaban en el plano simbólico con 1908 para reforzar la identidad de los herederos del progresismo, sumergidos en una batalla contra *la epidemia clerical y doctrinaria*. La pugna por la memoria nacional constituía una parte substancial del conflicto político¹⁵.

Por último hay que hablar del actor social más entregado a la conmemoración de la guerra, el ejército, que inició y protagonizó buena parte de los fastos del centenario. Su identificación con España, como baluarte de su unidad, no ofrecía dudas a nadie, más

¹⁵ ABC, 2 de mayo, 11 y 14 de junio y 6, 7 y 30 de julio de 1908. *El Imparcial*, 5 y 28 de julio y 28 de septiembre de 1908. *El Liberal*, 29 y 30 de septiembre de 1908. *El País*, 21-30 de septiembre de 1908.

aún cuando su ataque violento contra el catalanismo había ocasionado en 1906 la aprobación de la ley de jurisdicciones, que cedía a los tribunales castrenses ciertos delitos de opinión, y el advenimiento de la Solidaridad Catalana. Militares hubo en la dirección de ceremonias cívicas como las de Madrid o Sevilla, pero las distintas armas celebraron asimismo sus propios rituales corporativos. La más activa fue la artillería, que no dejó un momento de vanagloriarse de Daoiz y Velarde, los cuales merecieron, además de las esculturas que ya tenían en sus lugares natales y en la capital, una nueva estatua en Segovia; y no se quedó atrás la infantería, que tuvo su festejo en el alcázar de Toledo con un recuerdo para sus héroes el teniente Ruiz y el cadete Vázquez y vivas a la unidad nacional. En ambos casos disfrutaron del respaldo de Alfonso XIII, siempre dispuesto a atender los deseos de los cuarteles. Así, los militares se presentaban como eje del levantamiento contra Napoleón, lo cual no dejaba de distorsionar la historia, pero en lo fundamental compartían el enfoque secularizado y populista del nacionalismo liberal. Es decir, creían en un «íntimo consorcio del pueblo con el ejército». Todavía, como el propio monarca, no habían entrado en la deriva reaccionaria de tiempos posteriores¹⁶.

ZARAGOZA, TIERRA DE MÁRTIRES Y HÉROES

Si el primer centenario de la Guerra de la Independencia admitió lecturas muy variopintas —institucionales, partidistas, locales, corporativas—, todos los hilos que tejió la conmemoración se entrelazaron en la ciudad de Zaragoza. La buena marcha de los festejos zaragozanos, los únicos que contaron con la ayuda financiera del gobierno, hizo que concitaran todas las energías disponibles y que atrajesen los conflictos —y los acuerdos— que se movieron en torno al evento. Para los nacionalistas interesados en estas cuestiones, Zaragoza encarnaba plenamente a la patria española, tanto por el reflejo de sus grandezas pasadas —en los sitios de 1808 y 1809 «una sola ciudad fue España toda», afirmaba *El Liberal*— como por las posibilidades del presente, ya que a través de la capital de Aragón se expresaban, decían, las esperanzas de la nación entera. Los más exigentes pensaban que sólo Zaragoza estuvo a la altura que requería la magna celebración, y lo cierto es que la vivió con

¹⁶ *Abc*, 6 de mayo de 1908. *El año político*, 14 de julio de 1908. *El Imparcial*, 15 de julio de 1908. Los Sitios (1908), cita del general Luque, pág. 93.

una intensidad inusitada, que reactualizó en ella los mitos patrióticos y los derramó sobre una miríada de lugares de la memoria¹⁷.

La historia de la conmemoración de los Sitios se había iniciado en el mismo año de 1809, cuando la junta suprema del reino había ordenado que el Estado reconstruyera los edificios públicos destruidos por la batalla y erigiese un monumento «para memoria perpetua del valor de sus habitantes». Pese a que las Cortes de Cádiz lo ratificaron en dos ocasiones, el decreto no se cumplió durante el resto del siglo XIX. En realidad, la capacidad conmemorativa de Zaragoza se demostró bastante escasa, pues en toda la centuria sólo levantó una estatua, la del religioso ilustrado Ramón Pignatelli, aunque hubo numerosas propuestas de fabricar recordatorios a los héroes de la independencia, casi todas a cargo de particulares. Lo cual revela tanto el interés de algunos zaragozanos por el asunto como la incapacidad de las autoridades, enfangadas en los vaivenes políticos y la falta de recursos, para responder a él. Hubo que esperar a finales de los años ochenta y comienzos de los noventa, ya bajo la Restauración, para que los proyectos monumentales empezaran a cuajar. Uno de especial importancia, aunque sin relación con los Sitios, fue el dedicado a la institución del Justiciazgo, símbolo de las libertades de Aragón, que adquiriría todo su sentido en el contexto de las discusiones acerca del derecho foral suscitadas en torno a la elaboración del código civil, y que denotaba la emergencia de un cierto regionalismo aragonés. En cuanto a la saga antifrancesa, las iniciativas que empujaron la remembranza correspondieron a varios actores: en 1893, el ministro liberal Segismundo Moret pidió al ayuntamiento que exigiera al Estado sus obligaciones para ir preparando el centenario; mientras que al año siguiente hizo lo mismo la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, dominada por los elementos conservadores y católicos de la ciudad. Moret representó un papel decisivo porque poseía la doble condición de diputado por Zaragoza y *primate* del Partido Liberal, es decir, porque podía trasladar las demandas locales al centro que tomaba las decisiones políticas y realimentar así su influencia electoral y la de sus seguidores. La Económica, por su lado, sirvió de cauce a las inagotables actividades de Florencio Jardiel, deán de la catedral y alma del programa memorístico nacional-católico¹⁸.

¹⁷ «Zaragoza», *El Liberal*, 18 de febrero de 1908. *El Imparcial*, 19 de abril de 1908. *Faro*, 3 de mayo de 1908.

¹⁸ Martínez Verón (1984), cita en pág. 199. Juan García y Arruga Sahún (2003). Blasco Ijazo (1955). Sobre el Justicia, Brinkmann (2002).

Ambos sectores, liberal y católico, entraron desde entonces en una dinámica acumulativa que aunaba dos componentes: de una parte, la colaboración encaminada a alcanzar los objetivos localistas que ambos compartían, y, de otra, una feroz competencia por controlar el proceso conmemorativo e imponer sus propias ideas sobre las del otro. En principio, las filas católicas tomaron ventaja y movilizaron más energías sociales. Por ejemplo, en la construcción de otro gran monumento identitario: el consagrado a los Mártires de la Religión y de la Patria. Obsérvese el orden de los factores, que daba preferencia a la fe sobre la nación. Porque el deseo de rendir culto a los héroes de 1808 fue reformulado por la Económica para enlazar el recuerdo de los Sitios con el de los *innumerales* cristianos ejecutados en la ciudad durante la persecución del emperador Daciano en el siglo IV. La estatua en cuestión debía evocar a la antigua cruz del Coso, alzada varias veces en honor del martirio y derribada primero por los franceses y después por los liberales, y ubicarse en pleno lugar de la memoria, precisamente en la plaza de la Constitución que comunicaba el centro histórico con el ensanche. Y había de pagarse a través de una suscripción popular en la que participasen todas las clases sociales, fundidas en esta «empresa a la vez religiosa y patriótica», obra de «verdadera restauración» que recuperaba todas las glorias zaragozanas del nacional-catolicismo. Aunque la suscripción no cubrió el total de los gastos, así se hizo, y la escultura de Agustín Querol, que vio rechazado su primer boceto por no colocar una cruz en la cima, se adaptó al pedido: la fe, en forma de ángel, sostenía ante la cruz a un mártir/héroe vestido de baturro. En octubre de 1904, con sólo un día de diferencia, se descubrieron tanto esta estatua como la del Justiciazo, situada en otra plaza, la de Aragón, a la que se accedía por el paseo de la Independencia. A los dos actos se asociaron delegaciones de la antigua corona aragonesa, aunque en el segundo no hubo presencia eclesiástica. Con ello, Zaragoza iniciaba el siglo empapada de memoria¹⁹.

El centenario de los Sitos avanzó de igual manera desde 1901. Un concejal conservador propuso entonces colocar un monumento cada año y recordar al Estado su deuda. Pero fue de nuevo la Sociedad Económica la que tomó las riendas de la organización desde la junta magna creada al efecto en 1902, que agrupó a las fuerzas vivas con Jardiel de vicepresidente y sede en sus locales. La disputa

¹⁹ Blasco (1955). Juan y Arruga (2003), pág. 174. La contraposición de ambos monumentos, en Forcadell Álvarez (1997).

se estableció entre quienes, como el deán, querían depender en exclusiva de sorteos de lotería autónomos, y quienes en cambio, como el entorno liberal del *Heraldo de Aragón*, preferían que los ingresos manaran de las arcas estatales y confiaban más bien en la intermediación de Moret. Puede decirse que este último encabezó un auténtico grupo de presión en el parlamento y en los círculos gubernamentales de Madrid. Finalmente, en 1906 el gobierno liberal comenzó a cumplir las disposiciones de las Cortes de Cádiz y tramitó las normas necesarias para, en palabras del ministro demócrata Amalio Gimeno, «encarnar en Zaragoza todo el heroísmo de aquella epopeya». Una ley de enero de 1907, en vísperas de la caída de los liberales, arbitró que, sirviéndose de la lotería nacional, el Estado entregara 2,5 millones de pesetas a la junta organizadora del centenario para cumplir su programa, compuesto sobre todo de nuevos edificios públicos, estatuaría y una exposición. Puede compararse esta cifra con las 75.000 pesetas que recaudó el ayuntamiento de Madrid para el Dos de Mayo. Los conservadores de Maura mantuvieron estos moldes y se limitaron a poner al frente de la ejecutiva, como comisario regio, al gobernador civil, quien, junto con el alcalde también designado por el ministerio, garantizaba el control gubernativo del calendario²⁰.

De manera que las fiestas de 1908 pudieron celebrarse con desahogo. El hilo conductor que las atravesó fue sin duda el homenaje a los héroes, a aquellos zaragozanos que —escribía un general— «nos legaron tan altos ejemplos de entereza, desinterés y consagración a la Patria». Sus hazañas, según el discurso dominante, demostraban las virtudes eternas de una nación capaz de afrontar de nuevo altas empresas. La prensa local y los conferenciantes ocasionales repasaban una y otra vez estas vidas ejemplares y señalaban a sus héroes favoritos, pues había dónde escoger. Para probarlo, Zaragoza se pobló de lápidas que fijaban su memoria en los lugares donde habían vivido y actuado, inscribiendo en ellas la leyenda *La Patria y la Ciudad agradecidas*, con el fin de evidenciar que todos los componentes de la comunidad habían contribuido con su esfuerzo unánime a conformar su mejor legado histórico. En el panteón figuraban desde luego varios militares, con el *caudillo* de la plaza sitiada —el general Palafox— al frente, pero había también nobles, como la desprendida condesa de Bureta o el regente de la Audiencia Pedro María Ric, que no había prestado va-

²⁰ Actas del ayuntamiento, la junta magna y la RSEAAP reproducidas en Martínez Verón (1984). *DSC*, 19 de diciembre de 1906, pág. 4726. Ley de 22 de enero de 1907.

sallaje al invasor, hacendados como Mariano Cerezo, guía de combatientes, y campesinos como *el tío Jorge*, el héroe del barrio del Arrabal, organizador de una compañía de labradores. Al descubrimiento de cada placa asistieron representaciones de los grupos sociales —y hasta de los cuerpos de ejército— correspondientes. Otros protagonistas, como el ardoroso orador escolapio padre Boggiero y el sacerdote Santiago Sas, jefe de escopeteros, merecieron una cruz aparte en el puente donde habían sido ejecutados. Pero las que se llevaron la palma fueron *las heroínas*, mujeres del pueblo que resumían las virtudes de la raza como Manuela Sancho, Casta Álvarez y, por encima de cualquier otra, Agustina Zaragoza, *Agustina de Aragón*, objeto de un culto cívico y un monumento sobresalientes. En sus dos visitas a la ciudad, en junio y octubre, Alfonso XIII dedicó buena porción de su tiempo a estos ciudadanos modélicos, y no sólo fue de lápida en lápida y de estatua en estatua, sino que presidió a pesar de la lluvia la procesión cívica que trasladó en junio los restos de las heroínas a un nuevo mausoleo y que quiso representar a la sociedad íntegra, de las asociaciones obreras a las patronales, con un lugar especial para las niñas que no cesaban de cantar el himno del Centenario: «Recuerdos sagrados,/Memorias benditas,/Que arriba en el cielo/dejaron escritas/La fe y el valor...». Aquellos actos de reconocimiento valieron a don Alfonso, como los de mayo en Madrid, comentarios muy positivos y un triunfo para la nacionalización de la monarquía²¹.

Los ceremoniales llevaban grabado el sello de la Iglesia, que se empleó a fondo en la tarea de impregnarlo todo de catolicismo. Era parte de una campaña de *recristianización* del país que servía de origen y de espejo a la oleada anticlerical de principios de siglo, con expresiones recurrentes en Zaragoza. Por ejemplo, en la inauguración del monumento a los mártires, que algunos saludaron cantando *La Marsellesa*. La reacción católica estaba dirigida por el arzobispo Juan Soldevila, un personaje muy próximo a Antonio Maura, de quien se declaraba «admirador y amigo» y con el que mantenía acuerdos electorales. No era sólo que los eclesiásticos desempeñaran funciones rituales en la conmemoración, jaspeada de funerales y bendiciones, sino que, como hacía Florencio Jardiel, dibujaban las programaciones y aprovechaban las circunstancias para lanzar los mensajes adecuados a su ofensiva. Es decir, aquéllos que equiparaban el patriotismo con la protección de los inte-

²¹ Sala Valdés (1908), pág. 5. Lo que la Muy Noble (1955). *El Gancho*, octubre de 1908, págs. 7 y 16-20. *El Noticiero*, 16 de junio de 1908.

reses de la Iglesia. Así lo hizo el mismo Jardiel, ante el rey, en las solemnes exequias por las heroínas, cuando habló de la defensa del hogar, de la escuela cristiana y del cementerio —frente a las amenazas del matrimonio civil, la escuela laica y la secularización— y anunció la llegada de un nuevo ejército invasor «de ideas disolventes caldeadas en el fuego de aquella ya vieja impiedad que incubó la más audaz de las revoluciones», un ejército de malhechores, materialistas insaciables, «meretrices y sofistas» cuya victoria suponía la pérdida de la nación española. Pero esa derrota «no será, porque éste es el baluarte de la fe religiosa coronado por el Santo Pilar». Zaragoza constituía un obstáculo insalvable para los enemigos de la católica España. «Así comprendo yo —sentenciaba el deán— este patriótico Centenario»²².

Y es que la Iglesia disponía en Zaragoza de un capital simbólico de enorme envergadura, la virgen del Pilar, centro de varias identidades superpuestas en forma de cebolla: la zaragozana, la aragonesa, la española y la hispanoamericana. Su aparición *en carne mortal* al apóstol Santiago, evangelizador de la Península Ibérica, integraba uno de los relatos míticos más repetidos del catolicismo español. Lo cual se combinaba con la protección que le habían atribuido los defensores de Zaragoza durante los Sitios, a la que aludía la jota más famosa del repertorio aragonés: «la virgen del Pilar dice/que no quiere ser francesa....». La asociación entre el Pilar y la Guerra de la Independencia parecía tan obvia que el diario *Abc* convocó en 1908 un concurso de poesías dedicadas a la virgen y a España. De modo que los religiosos tenían muy fácil asociar efusiones patrióticas con devoción mariana y advertían constantemente de los peligros que acarrearía su abandono, como hacía un jesuita: «¡Ay de vosotros si de vuestros corazones se borra la Virgen del Pilar!... Quizás cuando vengan nuevos Napoleones veréis como las Zaragozas nuevas les abren las puertas». Las jerarquías eclesiásticas consiguieron que la basílica fuera declarada monumento nacional en 1904 y coronaron a la virgen en 1905. También proliferaron los planes para dar al templo un realce extraordinario, como los del arquitecto Félix Navarro, que ideó una columnata para rodearlo de glorias españolas y americanas, y una gigantesca cúpula con héroes zaragozanos y vírgenes regionales culminada por una bola del mundo luminosa, señal del emplazamiento del santuario nacional. Parecido a éste pero más barato era el proyecto finalmente reali-

²² Salomón (2002). Cartas de Soldevila a Maura, en AM L9/10, la cita en una de 1 de febrero de 1907. El sermón, en *El Noticiero*, 16 de junio de 1908.

zado con donativos que recogieron parroquias y damas, la iluminación del Pilar, diseñada de acuerdo con un complejo programa simbólico: junto con las alusiones a la virgen y a los héroes se hacían otras al carácter cristiano de Aragón —la cruz de Íñigo Arista, su primer rey— y de España —más cruces, como las de San Jorge y Santiago, y las flores que representaban a los mártires españoles—; y se coronaban las torres —donde sobresalían las fechas 1808 y 1908— con dos potentes focos de barco, cedidos por el marqués de Comillas, cuyos haces de luz evidenciaban a kilómetros de distancia el papel de la virgen como faro de la grey cristiana. En 1908, el Pilar era visita obligada para los miembros de la familia real, que nada más pisar la ciudad acudían a postrarse ante la imagen, y a él se dirigieron numerosas peregrinaciones regionales y una mundial en septiembre. Para cerrar el año, los católicos de las repúblicas hispanoamericanas ofrecieron banderas bendecidas por el papa a la *Pilarica*. Pues su fiesta, el 12 de octubre, era también la fecha del descubrimiento, y el Pilar acogía el acto como un homenaje a la *madre patria* española²³.

El relato católico concebía la Guerra de la Independencia como un capítulo más en una historia de España cuajada de episodios memorables para la fe cristiana, heredero de la Reconquista y de la evangelización de América. Pero a su lado mostraba una vitalidad extraordinaria el mito patriótico popular, que entroncaba más bien con otras leyendas igualmente heroicas como las de Numancia o Sagunto, y en el que la religión sólo cumplía un papel accesorio. El centro del escenario lo ocupaba el pueblo. En la manufactura y difusión de este mito cumplió una gran responsabilidad a los *Episodios Nacionales* de Benito Pérez Galdós, que propagaron desde las últimas décadas del siglo XIX la imagen más aceptada de la epopeya antinapoleónica. En 1908, los periódicos liberales reeditaron los *Episodios* por entregas y se publicó una versión resumida de la primera serie, la que cubría el conflicto, para que los niños asimilaran el pasado. Galdós, «el Homero de nuestra guerra de Troya», adquiría así la categoría de «reconstituidor de la vida nacional» o de «sembrador de patriotismo» frente a la desidia gubernativa. El propio escritor, consciente de sus potencialidades nacionalizadoras, se pres-

²³ El padre Vilariño, en *El Gancho*, octubre de 1908, pág. 6. Navarro (1906). *Abc*, 30 de enero, 25 de marzo y 10 de abril de 1908. Centenario de los Sitios (1908). *El Noticiero*, 20 de mayo de 1908. *La Ilustración Española y Americana*, 8 de diciembre de 1908. Carta de Soldevila a Maura, 24 de noviembre de 1908, AM L9/10. El significado de la virgen del Pilar en el nacional-catolicismo, que se prolongó hasta la época de Franco, en Cenarro (1997) y Febo (2002), págs. 39-47.

taba gustoso a la labor y, por ejemplo, redactó la alocución que promulgó el alcalde de Madrid para animar las fiestas del Dos de Mayo. En cuanto a los Sitios, estrenó en junio su ópera *Zaragoza*, basada en el *Episodio* del mismo nombre, donde dramatizaba lo ocurrido en 1808-1809 a través de las peripecias de un exseminarista que, torturado por su amor imposible con la hija de un *judío* usurero y antipatriota, luchaba con los defensores de la ciudad hasta el fin. Galdós llegó a la representación acompañado de los directores de *El Imparcial* y *El Liberal* y obtuvo un éxito clamoroso, delirante cuando sonó la jota que ponía el colofón. Pocos días después, en el Teatro Pignatelli se estrenaba una pieza frívola titulada *Episodios Nacionales* y Galdós viajaba a Barcelona, donde se le rindió un homenaje con gritos de viva España y viva la libertad para contestar a separatistas y clericales. Su significación política no resultaba un secreto para nadie, pues era diputado republicano en el Congreso y participaba en los mítines de las izquierdas contra Maura²⁴.

Esta misma interpretación liberal-populista predominaba, no sin matices, en los dos monumentos de gran tamaño inaugurados en 1908. Uno se consagró a Agustina Zaragoza, aunque contenía relieves de las otras heroínas, y la presentaba vestida de artillera en actitud desafiante y erguida sobre un cañón. Su autor, Mariano Benlliure, se había empeñado durante años en ofrecer este tributo a la mujer aragonesa, acogido con amplio entusiasmo, aunque hubo quien criticó que no se la mostrase exactamente como la mujer del pueblo que había sido sino como un militar. El otro, mucho más aparatoso, era el célebre monumento a los Sitios prometido desde 1809, que constituyó una de las obras más logradas de Querol y fue muy ponderado por su calidad artística y por transmitir emociones patrióticas al público. Sobre una gran escalinata, en movimiento ascendente, se representaban cuadros de los Sitios con Agustina y el cañón, los zaragozanos sosteniendo una puerta que se caía por el empuje del enemigo, las mujeres en marcha y las ruinas de la ciudad. En la cumbre, una noble matrona —en general identificada con Zaragoza, aunque también con España— velaba sobre sus abnegados hijos. La virgen del Pilar sólo aparecía difuminada al fondo de una escena y lo que resaltaba en el conjunto era «ese tropel de gentes que escalan un ideal, esa mezcla de edades, sexos y clases de los

²⁴ Aguilar (1997; 1999). Citas en *El País*, 21 de enero y 21 de abril de 1908, y *El Liberal*, 18 de febrero de 1908. *ABC*, 15 de marzo y 5 y 7 de junio de 1908. El judío galdosiano de *Zaragoza* representaba al elemento anti-nacional —véase Pérez Galdós (1874; 2001), págs. 73-76—, lo cual contrasta con el filosemitismo de otras novelas de Galdós que recoge Álvarez Chillida (2002), págs. 164-165.

defensores». Es decir, el bendito pueblo, verdadero héroe de la guerra nacional. Tanta figura femenina despertó cierta inquietud entre los que veían la gesta aragonesa como algo esencialmente viril, y algunos militares echaron de menos una estatua separada para el general Palafox, pero la aceptación social de los monumentos, descritos día a día por la prensa y descubiertos ambos por los reyes tras sendos discursos nacionalistas de Moret y Maura, no ofrece dudas²⁵.

El pueblo, una vez más, se convertía en la estrella de la función conmemorativa. Y el pueblo lo encarnaba en la Zaragoza de entonces la presencia ubicua del baturro, el tipo popular moderno que resumía las virtudes aragonesas —nobleza, fidelidad, desprendimiento, alegría y hasta cierta tozudez— y que se ponía al servicio de una especie de localismo nacionalista. El arquitecto católico Navarro, muy aficionado a los símbolos, propuso reconstruir la Torre Nueva, uno de los emblemas desaparecidos de los Sitios, y colocarle encima un super-baturro de ocho metros que sostuviera en una mano el escudo de la patria y en el otro el estandarte pilarista, una especie de *labriego Cristo*. Afortunadamente, se impuso el buen gusto y la torre de los Sitios no llegó a edificarse, pero los baturros aparecieron en todos los monumentos importantes: en brazos de la fe, ofreciendo una rama de laurel a Agustina o a los pies de la matrona Zaragoza, casi siempre con un *guitarrico* y a punto de cantar la jota. El idealizado campesino aragonés representaba lo mismo que los chisperos y las manolas en el caso de Madrid: el pueblo eterno, dispuesto a morir por su tierra. Cabe preguntarse por último hasta qué punto se implicaba en las conmemoraciones otro pueblo más tangible, el de los habitantes de Zaragoza en 1908. La gente asistía a funciones teatrales, ceremonias y exhibiciones de fuegos artificiales dedicadas a los héroes, en una urbe llena de banderas y de músicas relacionadas con la efeméride. Y participaba asimismo en los festejos de algunos barrios como el de la parroquia de San Pablo, donde la enseña nacional se colocaba en arcos triunfales y en lo alto de una torre, se giraban excursiones por los lugares de la memoria de los Sitios y se cantaba el *Gloria a España* de Clavé. Los niños, según el director de una escuela de la zona, se habían conmovido tanto al desfilar por las calles, que estaban dispuestos a emular el comportamiento de los héroes si hacía falta.

²⁵ Juan y Arruga (2003). G. García Arista, «Agustina de Aragón era una mujer del pueblo», *El País*, 1 de marzo de 1908; y M. de Samos, «El monumento de Benlliure. Agustina tiene derecho a su uniforme», *El País*, 29 de marzo de 1908. Uvencio, «Querol y Benlliure», *Revista Aragonesa*, 4-7 (julio-octubre de 1907), págs. 305-307 (cita en pág. 305).

Otras parroquias condujeron procesiones cívico-religiosas al monumento de los mártires, que disfrutaba de un continuo uso ritual, y vivieron algunos de los momentos culminantes del nacional-catolicismo zaragozano: en la de San Carlos, cuando se alzaba a Dios, en plena misa, sonaba la Marcha Real, explotaban bombas y se izaban enseñas nacionales. Del barrio se pasaba sin dificultad a la ciudad, a la región y a la nación; de la patria chica a la patria grande. El *zaragozismo* y el aragonesismo no se oponían al españolismo, sino que, al contrario, lo reforzaban de forma rotunda²⁶.

LA EXPOSICIÓN HISPANO-FRANCESA Y EL TRIUNFO DEL NACIONALISMO REGENERACIONISTA

El patriotismo retrospectivo del centenario estuvo acompañado en Zaragoza por un pujante nacionalismo prospectivo. Si algunos pensaban sobre todo en revivir las proezas del pasado, otros muchos distaban de conformarse con el recuerdo y preferían aprovechar la oportunidad que ofrecían las fiestas de 1908 para impeler la modernización del país. La modernidad se asociaba, en círculos sociales bastante amplios de finales del siglo XIX y comienzos del XX, con un desarrollo económico basado en la aplicación de los avances científicos a la agricultura, la industria y el comercio. La España que había sufrido el *Desastre*, una nación relativamente atrasada, debía ponerse al día y acercarse a sus vecinos más prósperos, es decir, *uropeizarse* mediante una fórmula que consistía, en palabras del liberal aragonés José Gascón y Marín, en frecuentar «el Trabajo guiado por la Ciencia». Conceptos que se completaban con la paz, que favorecía el progreso, y la fraternidad entre los pueblos, aliada de la cooperación mercantil. Si los héroes del pasado se habían baticado el cobre entre las ruinas para defender la independencia nacional, los del presente se dedicaban a trabajar para hacer avanzar a su patria y «conquistar su independencia económica». Así que no bastaba con descubrir monumentos y organizar desfiles, sino que la conmemoración tenía que dejar algo útil, algo que perdurase, que mostrara todo lo alcanzado hasta ese momento y los caminos abiertos para progresar en el futuro. Afirmación de identidad y búsqueda de horizonte. Siguiendo las pautas establecidas en todo el mundo occidental desde mucho antes —pesaba el ejemplo de París y el centenario de la Revolución Francesa en 1889—, y tras los fracasos

²⁶ Félix Navarro, «La Torre de los Sitios», *Revista Aragonesa*, núm. 4-7 (julio-octubre de 1907), págs. 287-292. *El Gancho*, octubre de 1908, págs. 22-28.

de intentos locales anteriores, 1908 podía contemplar en Zaragoza una gran exposición²⁷.

Los promotores del certamen pertenecían a diversos ámbitos de la ciudad. Por ejemplo, conservadores y católicos incluyeron en sus propuestas iniciales una o varias exposiciones, desgajando a veces una muestra histórico-artística de la propiamente industrial. Al final se fusionaron ambas como uno de los capítulos fundamentales del centenario, pero quienes se hicieron cargo de su ordenamiento fueron los miembros de la llamada *generación de 1908* que, procedentes del comercio, la industria, la prensa y la Universidad, compartían los valores del liberalismo. Entre ellos descollaba la figura de Basilio Paraíso, que, más allá de la sombra protectora y algo lejana de Moret, ejercía un liderazgo inequívoco entre los elementos avanzados de la sociedad zaragozana y servía de contrafigura a la del activista católico Florencio Jardiel. De hecho, la división básica de la sociedad zaragozana quedó plasmada en la imaginación ciudadana como un enfrentamiento entre ambos personajes. Paraíso tenía a sus espaldas una larga experiencia empresarial y política: por una parte, como fabricante de espejos e inversor en los sectores punteros de la economía urbana y comarcal, las industrias eléctricas y azucareras; por otra, como jefe del republicanismo progresista y diputado ocasional. *Self made man* a la aragonesa, compendia mejor que nadie el crecimiento económico de Zaragoza, que superó al iniciarse la centuria los 100.000 habitantes, y el arraigo electoral que disfrutaban los republicanos, con mayoría en el ayuntamiento desde 1904. Y, ante todo, Paraíso había acaudillado desde la presidencia de la Cámara de Comercio de Zaragoza el movimiento *regeneracionista* que, inmediatamente después de la derrota colonial, había expresado en toda España la protesta de las *clases productoras* contra la política caciquil, tenida por corrupta, parásita y despilfarradora. Aunque, siempre moderado, colaboraba con las fuerzas monárquicas cuando le parecía conveniente y solía apoyar a Moret en las elecciones. Para el entorno de Paraíso, la exposición de 1908 significaba la victoria póstuma de aquella movilización noventayochista de las *masas neutras*, pues reflejaba su patriotismo emprendedor y auténtico y demostraba que, a la postre, España había reaccionado ante la desgracia y se hallaba en vías de redención²⁸.

²⁷ La primera cita, de Gascón, en *Revista Aragonesa*, núm. 4-7 (julio-octubre de 1907), pág. 261, y la otra, de Basilio Paraíso, en Pamplona Escudero (dir.) (1911), pág. 176. Jiménez Zorzo, Martínez Buenaga, Martínez Prades y Martínez Verón (2004).

²⁸ La *generación de 1908*, en Fernández Clemente (2002). Serrano (1997), pág. 355. *El Imparcial*, 16 de junio de 1908. García Lasasa (1984). Pamplona (dir.) (1911),

Partidario desde el comienzo de dar al centenario un sesgo práctico que redundase en beneficio de las clases populares, Paraíso se hizo con el control de la exposición en 1907, después de aprobada la asistencia estatal. No recorrió un camino de rosas, ya que tuvo que librar varias escaramuzas con sus enemigos, los hombres del conservadurismo católico, alerta ante el relieve que adquiriría un republicano. La primera estalló a propósito de la misma naturaleza de la muestra cuando Paraíso, presidente de su comité ejecutivo, propuso que se adjetivara *hispano-francesa* e incluyese una representación de la vecina república. Su lógica resultaba aplastante, porque el certamen había de trocar la guerra antigua por la paz y el comercio modernos, y las relaciones con Francia ocupaban un puesto insoslayable en cualquier apertura española al exterior. Además, las clases mercantiles aspiraban a transformar Zaragoza en un nudo de comunicaciones entre el sur de Francia y buena parte de la Península Ibérica a través de un túnel internacional bajo la frontera del Pirineo. Sin embargo, la comisión ejecutiva del centenario, feudo de los conservadores, sintonizaba mejor con la *francofobia* que creía del todo inapropiada la invitación, pues las honras a los héroes de los Sitios no podían compartirse con los herederos de los sitiadores. Esta postura se enraizaba en una honda prevención contra el republicanismo francés, radical y laicista, de cuyas leyes huían aquellos años oleadas de religiosos que llegaban a territorio español. Cuando encontró resistencias, Paraíso decidió echar un pulso a la comisión y dimitió de su cargo, lo cual, al evidenciar que sólo él podía liderar los esfuerzos de la burguesía zaragozana, le valió una victoria y la total autonomía en su cometido. Sus deseos coincidían asimismo con los del ala menos clerical del gobierno Maura, encabezada por el ministro de Fomento, Augusto González Besada, que declaró oficial el certamen franco-español y le dio el empujón definitivo. De modo que todo avanzó según las previsiones de Paraíso, que hizo cuanto pudo para captar la cooperación de Francia. Encontró tantas dificultades que la presencia gala quedó reducida a un discreto pabellón con unos cuantos productos, pero con eso bastaba para justificar las visitas de autoridades extranjeras y, lo que era más importante, para ratificar el mensaje progresista de unión transpirenaica, repetido en discursos, carteles, diplomas y anuncios: como decía el álbum oficial de la exposición, «las banderas unidas para recordar una fecha de odio feroz y lucha enconada, son de una significación que puede condensarse en una frase: ¡Progreso!».²⁹

pág. 176, y Miguel S. Oliver, «Mirando a Zaragoza», *Revista Aragonesa*, núm. 16-21 (julio-diciembre de 1908), págs. 3-5.

A continuación, los conservadores zaragozanos quisieron retrasar la muestra para que no coincidiera con las ceremonias del centenario, pues a su juicio era preciso «distinguir los llamados propiamente festejos, en los que el alma nacional conmemora sus antiguas glorias, de la exposición, que ostenta aquel otro carácter de reciprocidad de afectos con la nación vecina». No debía mezclarse, como deseaban las izquierdas, el ejemplo de los héroes con las promesas de solidaridad internacional. La maniobra llegó demasiado tarde, pero en el mismo año de 1908 volvió a producirse un rifirrafe a cuenta del viaje a Zaragoza de Alfonso XIII, un asunto que tomó relevancia nacional porque la prensa de Madrid lo enarboló como arma contra Maura. Mientras los liberales, monárquicos o republicanos, querían que el rey acudiera a la inauguración del certamen hispano-francés en la fecha prevista, el 1 de mayo, los católicos presionaron para que no fuese hasta que coincidiera con una fecha significativa de los Sitios como el 15 de junio, día de la batalla de las Eras, una de las más humillantes para el ejército francés. Esta vez se impusieron las derechas gubernamentales. Al acto inaugural asistió el infante don Carlos y Alfonso XIII, comprometido en mayo con los festivales madrileños, no visitó la capital aragonesa hasta junio, de manera que se separaron con claridad ambos eventos. Los periódicos liberales acusaron a Maura de reducir al mínimo los pasos regios en Zaragoza y de discriminarla frente a Barcelona. No obstante, el monarca se detuvo largamente en la exposición, lo cual sirvió de inmejorable publicidad a los expositores, y la casa real hizo caso al insistente Paraíso. En octubre don Alfonso volvió con la reina, y también estuvieron otros miembros de la familia como la reina madre y la infanta Isabel. El rey era para los liberales *el primer ciudadano de la nación, el primer español*, y en Zaragoza se mostró además como *el primer expositor*, según rezaba un cartel luminoso. De los palacios salieron muchos objetos para ser expuestos y hubo un pabellón de los reales patrimonios centrado en las labores agrícolas, pues a Alfonso XIII le agradaba sobre todo presentarse como *el primer labrador de España*. El soberano se sumaba a la tarea porque se consideraba «encarnación de todos los sentimientos de este noble pueblo que se honra honrando a sus héroes y siente al contemplar su pasado y el vigor de la raza, ver-

²⁹ Martínez Verón (1984), pág. 183. Eduardo Ibarra, «El Centenario de los Sitios y los estudios históricos», *Revista Aragonesa*, núm. 4-7 (julio-octubre de 1907), pág. 268. *Heraldo de Aragón*, 29 de mayo y 1, 4, 6, 7, 12 y 17 de junio de 1907. Álbum oficial (1908), pág. 4. Martínez Herranz (1991).

dadera ansia de engrandecimiento y de progreso, beneficios tan sólo reservados al trabajo, a la unión y a la fe». A su manera, también él era un regeneracionista³⁰.

Como otras exposiciones, la de 1908 conllevó una operación urbanística de fuste. En este caso había de expandirse el casco de Zaragoza incorporándole los terrenos de la Huerta de Santa Engracia, donde se levantó la muestra, como una pieza fundamental del ensanche. Por lo pronto se construyeron en ella, con los fondos estatales, tres grandes edificios públicos, los únicos permanentes de la exposición. Uno, el dedicado a museo de bellas artes y museo comercial, lo diseñó Ricardo Magdalena, un famoso arquitecto que se dedicó a recuperar las técnicas artesanales de la región, en un estilo neo-renacentista que recordaba el de los palacios aragoneses del siglo XVI. Otro, el destinado a escuelas de artes y oficios, industrias y comercio, fue concebido por Navarro como una construcción neo-mudéjar —estilo considerado no sólo regionalista, sino también, en algunos círculos, puramente español— que coronaba una especie de torre Eiffel sobre una crestería con escudos en la que se leía la palabra España. Sus muros se recubrieron de lápidas con los nombres de los defensores militares y civiles de Zaragoza, una referencia que multiplicaba el monumento a los Sitios, plantado en mitad del recinto. El tercero, de mucha menor talla, sería ocupado por La Caridad, una institución benéfica con solera. Las demás edificaciones tenían un carácter efímero y en ellas predominaba el modernismo decorativo típico de estos concursos, aderezado con alegorías de la ciencia y el trabajo³¹.

Pese al nombre de la muestra, los expositores procedían esencialmente de distintas zonas de España y constituían un *inventario nacional*. «España entera se ha venido a Zaragoza», afirmaba con rotundidad el *ABC*. Era la *España productora* que le gustaba citar a Paraíso, en la que menudeaban las industrias agroalimentarias. Había algunas instalaciones espectaculares, como la de dieciocho metros de Altos Hornos de Vizcaya o la de *La Veneciana*, empresa de don Basilio, que tenía hasta góndola. Pero las que definían mejor los contenidos se situaban en el pabellón de Fomento, con los adelan-

³⁰ Cartas y notas en AM L311/17 (cita de una nota anónima, pero probablemente del gobernador civil, de 10 de julio de 1907). *El Imparcial*, 22 y 24 de abril, 26 de mayo (cita) y 21 de junio de 1908; *El Liberal*, 26 de abril de 1908. *Abc*, 15-17 de junio y 23 de junio de 1908. Cartas de Paraíso y otra documentación, en Archivo General de Palacio (AGP) Caja 15502/2, cita en nota s.a.

³¹ Pamplona (dir) (1911). Martínez Verón (1984). La polémica sobre el neo-mudéjar, en Araguan (2000).

tos de los ingenieros, y en el de la alimentación, donde se disponían harinas, aceites, vinos, licores, mantequillas y dulces. Algunos escaparates y la publicidad de las compañías asociaban sus productos con los héroes y lugares de la memoria de los Sitios, y había por ejemplo un monumento a los mártires de chocolate y una puerta del Carmen de azúcar. Los nacionalistas interpretaban la abundancia de establecimientos como una prueba de que España se emancipaba de la tutela extranjera. El público acudía en masa a recorrer los paseos y a disfrutar de atracciones de feria como las barcas aéreas, el cinematógrafo y el *Ilusiorama*, un juego de espejos. Llegaron forasteros y visitantes ilustres, aunque lo más destacado fue el interés del pueblo por asociarse, decía un incondicional, «a la vigorosa manifestación de riqueza patria». Hubo numerosos abonados y se dieron entradas gratuitas para los niños de las escuelas y de la beneficencia y para todos los obreros de la ciudad, que tuvieron el detalle de no ponerse en huelga durante los preparativos. Muchas mañanas, los campesinos «afluían a la capital desde todos los extremos de la región» y «veíanse a los lugareños con sus trajes típicos, formando grupos de familias enteras, que iban de un lado para otro». Por la noche era el turno de la sociedad elegante zaragozana, que se reunía en torno a los conciertos y a los bailes del Gran Casino, lo cual no pasó desapercibido a los guardianes de la moral. El arzobispo Soldevila provocó una agitada polémica en julio de 1908 cuando denunció la combinación de juegos de azar y descoco femenino en un ambiente contaminado por el vicio. Los liberales salieron en defensa del honor de las damas que frecuentaban la exposición y la cosa no fue a más³².

Los católicos, ya que no podían controlar el certamen, intentaron colonizarlo con exposiciones parciales. Por un lado, el arzobispo patrocinó una gran muestra de *arte retrospectivo* que reunió piezas provenientes de las diócesis aragonesas y de otros puntos de la geografía eclesiástica, algunas muy valiosas. Según el catedrático y escritor Juan Moneva, los políticos liberales habían establecido durante cien años que en Zaragoza sólo contaban Agustina y *el tío Jorge* —«feminismo y democracia», decía— y ya era hora de enseñar al mundo que Aragón, antes de la Guerra de la Indepen-

³² Cita en *Abc*, 17 de octubre de 1908. Enrique Serrano Fatigati, «Una visita a Zaragoza durante la Exposición», *Revista Aragonesa*, núm. 16-21 (julio-diciembre de 1908), págs. 23-26 (cita en pág. 25). Pamplona (dir.) (1911), cita en pág. 111. Anselmo Gascón de Gotor, «Centenarios de los Sitios de Zaragoza. Exposición hispano-francesa», *Nuestro Tiempo*, núm. 117 (septiembre de 1908), págs. 298-322. *El Noticiero*, 18 de julio de 1908; *Diario de Avisos de Zaragoza*, 20-22 de julio de 1908.

dencia, llevaba siglos siendo una rica monarquía y un bastión del alma ibérica. El sentir dominante pretendía que extranjeros y españoles, al contemplar tamaña acumulación de joyas, admiraran las dimensiones del patrimonio histórico nacional. Desde el punto de vista del nacional-liberalismo en boga, esta iniciativa había de servir, como afirmaba el periodista José Valenzuela, para evitar expolios, conservar lo heredado y ponerlo al servicio del pueblo y de la industria a través de las artes aplicadas. En general, la exposición retrospectiva se ensalzó mucho más que la de arte moderno, donde hubo obras de un abanico de autores que iba desde los regionalistas aragoneses hasta Casas y los hermanos Zubiaurre, o la de objetos del período de los Sitios, bastante más pobre que la de Madrid aunque custodiada, como ella, por soldados vestidos de época. En segundo término, los propagadores del culto a la virgen del Pilar quisieron construir un pabellón mariano que dominase en altura a los demás y acumularon estandartes e imágenes para subrayar que la regeneración sólo era posible si era católica³³.

Hubo también algunas secciones innovadoras, como la de economía social, donde dejó su huella el *nuevo liberalismo* intervencionista que, superando el *laissez faire* clásico, proclamaba la necesidad de fomentar acuerdos sociales y de mejorar la vida de los trabajadores con el fin de impedir la extensión de la lucha de clases. Gascón y Marín reflexionaba sobre la coyuntura española tras el *Desastre* y concluía que, como la supremacía de las grandes naciones se asentaba sobre los avances sociales, la conmemoración de la guerra de 1808 debía atender a estos problemas. Por eso se invitó a instituciones públicas y privadas a presentar sus acciones en el terreno de la política social y el auxilio mutuo, es decir, en la consecución de la armonía y la solidaridad. Acudieron más de doscientos expositores, aunque los liberales que idearon esta primera muestra española lamentaban el poderío abrumador de las asociaciones católicas y la práctica ausencia de las socialistas³⁴. En otro campo relevante, el educativo, la pobreza de las escuelas españolas se reflejó en la de sus delegaciones. El impulso regeneracionista

³³ Pamplona (dir.) (1911), págs. 203 y ss. J. Valenzuela La Rosa, «La Exposición de Arte Retrospectivo», *Revista Aragonesa*, núm. 4-7 (julio-octubre de 1907), págs. 249-255. Mariano Baselga, «La exposición mariana», *Revista Aragonesa*, núm. 16-21 (julio-diciembre de 1908), págs. 106-109.

³⁴ Suárez Cortina (2000). Gascón y Marín, «El museo de economía social. La Universidad ante el Centenario», *Revista Aragonesa*, núm. 4-7 (julio-octubre de 1907), págs. 258-261; Adolfo Á. Buyla, «La sección de economía social», *Revista Aragonesa*, núm. 16-21 (julio-diciembre de 1908), págs. 114-121.

se notó más en las actividades que completaron la exposición, como los múltiples congresos que acogió Zaragoza a lo largo de 1908. Los hubo muy dispares, algunos católicos como el mariano y el de la *buena prensa* lanzada contra la *prensa impía*, uno histórico internacional sobre las guerras napoleónicas y unos cuantos corporativos, de secretarios municipales o de peritos mercantiles. La fe en los saberes científicos, en esa «santa Independencia de que gozaríamos si lográramos anular las trabas que nos hacen prisioneros de la incultura, del atraso y de la rutina», se expresó a través del congreso nacional pedagógico, que trató asuntos —como la formación de los maestros y la inspección— fijados por los hombres de la Institución Libre de Enseñanza en la agenda del regeneracionismo; del primer congreso antituberculoso universal celebrado en España y del primer congreso nacional de la asociación para el progreso científico fundada por Moret, donde José Echegaray deseó que Zaragoza fuese «la Covadonga de la historia de nuestras ciencias». Los afanes de progreso material se plasmaban en la primera asamblea nacional de sociedades económicas de amigos del país, con un programa muy conservador; en el congreso agrícola nacional, donde habló de cuestiones sociales agrarias José Canalejas, representante del *nuevo liberalismo* en España; en el primer congreso internacional del turismo, centrado en la búsqueda de acuerdos hispano-franceses; y en el de la exportación, que la proponía como remedio a la sangría de los emigrantes. Para terminar, un congreso africanista prefiguró las expediciones comerciales a Marruecos que se llevarían a cabo enseguida, por Paraíso y Valenzuela entre otros, como avanzadilla de la *penetración pacífica* en la nueva aventura colonial española. El hecho de que la mayoría de las reuniones se realizase por primera vez da cuenta de las energías que liberó el centenario³⁵.

La Exposición Hispano-Francesa, que tuvo que prorrogarse a causa del éxito que trajo consigo medio millón de visitantes, se clausuró con un acto que, según los organizadores, sintetizaba su significado: la *fiesta de la familia aragonesa*. En ella se dio rienda suelta al aragonesismo más genuino, poblado de baturros y jotas, pero dejando perfectamente claro que «el amor regional...corría cual río fecundo hacia la entraña de la Patria grande, intangible y una». En realidad, el regionalismo aragonés en ciernes se definía por

³⁵ Uvencio, «En torno al Centenario de los Sitios», *Revista Aragonesa*, núm. 1 (abril-diciembre de 1907), págs. 117-121 (cita en pág. 118). Echegaray, en *Abc*, 30 de octubre de 1908. Pamplona (dir.) (1911), págs. 343 y ss. García Lasasa (1984).

su fidelidad a España y por su oposición al catalanismo. Era, a ojos de los nacionalistas españoles, un *regionalismo bueno* que, a diferencia del *malo*, no caía en egoísmos insolidarios ni se ponía por encima de los demás, sino que laboraba, sufrida y calladamente, por engrandecer a la patria común de todos. Aragón se convertía en la cara de una moneda en cuya cruz figuraba Cataluña; y lo mismo le pasaba a Zaragoza con Barcelona. Y no es que hubiera falta de comunicación. El certamen franco-español recibió una nutrida participación catalana, con las factorías textiles de Sabadell, caravanas automovilísticas, orfeones y las obras del museo barcelonés de arte moderno en una sala especial. Pero, cuando se entraba en el terreno político, enseguida saltaban chispas. Las autoridades de Barcelona arribaron para inaugurar la sala modernista y fueron convenientemente agasajadas, pero, a los postres de uno de los banquetes, un concejal republicano de Zaragoza las obligó a pronunciarse sobre el separatismo. El catalanista conservador Puig i Cadafalch teorizó sobre las diversas nacionalidades y razas que componían España, y el alcalde barcelonés, el republicano Albert Bastardas, respondió: «Habláis de separatistas, ¿por qué no habláis de los separadores?» Y ahí quedó todo, aunque se había hecho patente la hostilidad entre catalanistas y españoles. En resumen, editorializaba *El Imparcial*, «la raza aragonesa era el más firme baluarte de la integridad nacional»³⁶.

Además de superávit en las arcas de sus promotores, la exposición dejó una inmejorable impresión entre quienes la contemplaron. Zaragoza, que con ella marcaba su renacer cívico, le dedicó un último monumento que coronaba un león, símbolo de la ciudad y de España, guiado por dos niños en representación del arte y del comercio y custodiado por un busto de Paraíso que la modestia del empresario republicano impidió colocar. Hubo quien comparó a don Basilio, por los beneficios que derramaba sobre los zaragozanos, con la virgen del Pilar. Para los comentaristas que desde Madrid glosaban lo sucedido, aquello era lo mejor que se había hecho en el país desde, quizás, el certamen barcelonés de 1888. El centenario de la gloriosa francesada auguraba una era de avance nacional guiado por la cultura y el trabajo, en la que todos los españoles, desde las clases populares hasta el rey, cumplirían sus

³⁶ Pamplona (dir.) (1911), cita en pág. 159. «Zaragoza», *El Imparcial*, 19 de abril y 24 de octubre (cita) de 1908; y «El regionalismo bueno. Rumbos patrióticos», *El Imparcial*, 23 de julio de 1908. Cita en J. Pérez Carrasco, «El Ayuntamiento y los periodistas de Barcelona en la Exposición», *Revista Aragonesa*, núm. 16-21 (julio-diciembre de 1918), págs. 127-132.

obligaciones patrióticas. Zaragoza, según la prestigiosa revista *Faro*, desmentía a «la musa agorera de ruinas y desolaciones» y demostraba que toda España estaba progresando, lentamente y con dificultades pero de manera inequívoca. Su ejemplo cundió y se anunciaron otras exposiciones para 1909 en Valencia y Santiago de Compostela. Unos días después del cierre de la muestra aragonesa se inauguraron las obras del túnel internacional de Canfranc, el sueño de una generación que uniría finalmente a España con el resto de Europa a través de Aragón³⁷.

* * *

De modo que Maura dijo no, pero otros muchos respondieron que sí, que merecía la pena celebrar el centenario de la Guerra de la Independencia. La actitud del gabinete conservador se explica en parte por sus compromisos con Francia y por su alergia a las masas, aunque los factores decisivos se relacionaban con la búsqueda de aliados en el campo catalanista, que tenía sus propios planes conmemorativos para aquel año. Sin embargo los liberales, republicanos o monárquicos, convirtieron el centenario en una muestra de vitalidad nacional tras el 98 y en aglutinante de la oposición a Maura. No por casualidad, Segismundo Moret, jefe del liberalismo gubernamental, apadrinó las fiestas, sobre todo las de Zaragoza, y en Zaragoza inició también, con un sonado discurso en el otoño de 1908, la campaña del *bloque de las izquierdas*. Nunca estuvieron tan cerca dinásticos y antidinásticos, juntos en la prensa y en la calle para defender una idea de nación que, pese a sus discrepancias sobre la forma de gobierno, compartían en lo fundamental. Lo llamativo es que los radicales encontraran la asistencia del rey Alfonso XIII y de la familia real, que se volcaron en los festejos y derrocharon la notable capacidad de nacionalización que atesoraba la corona; y la del ejército, erigido en fortaleza de la integridad patria frente a los peligros centrífugos. El centenario movilizó además a múltiples elementos de la sociedad civil —periódicos, círculos, asociaciones, sociedades de amigos del país—y a las autoridades locales, que entraron en una puja patriótica. Con afán educativo y nacionalizador, las fuerzas vivas edificaron monumentos, señalaron lugares de la memoria en la geografía urbana, organizaron toda

³⁷ Juan y Arruga (2003). *Revista Aragonesa*, núm. 16-21 (julio-diciembre de 1908), págs. 144-150. «Por las provincias. Toda España progresa», *Faro*, 25 de octubre de 1908, pág. 5. *Abc*, 21 de julio y 8 de diciembre de 1908.

clase de eventos e implicaron en ellos a los niños. Aunque la voluntad de ciertas elites políticas quedase en entredicho y no se instituyera una verdadera fiesta nacional, abundaron los proyectos nacionalizadores y la efeméride obtuvo un notable eco entre un público que a grandes rasgos se identificaba con los mitos nacionalistas.

La concepción de la memoria nacional como un campo de enfrentamiento y negociación entre fuerzas políticas y sociales diversas encuentra un banco de pruebas ideal en la ciudad de Zaragoza, sometida en 1908 a intensas actividades conmemorativas. A juicio de Galdós, una autoridad en materia de sentimientos nacionales, aquella era la única parte de España que aún sostenía un patriotismo de primer grado. Allí chocaban por lo menos dos versiones del nacionalismo español, la católica y la liberal, desdoblada esta última entre el recuerdo a los héroes populares y la vocación regeneracionista que sublimó la Exposición Hispano-Francesa. Por un lado se fundían patria y religión, por otro se elevaba al pueblo a los altares cívicos, se comprobaba la vigencia de sus virtudes y se anunciaba un futuro de progreso. La Iglesia contaba con un gran apoyo en el tejido ciudadano y las elites liberales dependían en mayor grado de los organismos públicos, pero estas últimas lograron sus principales objetivos. No obstante, ambos adversarios confluyeron en los rituales que sacralizaban el orden social y escenificaban la unanimidad comunitaria. El exacerbado localismo que hacía de motor en la conmemoración, adobado con un regionalismo incipiente, disfrutaba de una envidiable salud, lo cual vigorizaba a la identidad nacional española. Algo similar a lo que ocurría en otras zonas de España, salvada alguna excepción como Cataluña, donde las identidades ya habían comenzado a escindirse. El aragonesismo zaragozano equivalía pues, en sus expresiones más frecuentes, a un españolismo anticatalanista que buscaba raíces en los Sitios y se encarnaba en las baturradas. Por decirlo con una jota: «Si ves el mapa de España/y buscas nuestra región/verás que le corresponde/el puesto del corazón»³⁸.

³⁸ Benito Pérez Galdós, «La esfinge del Centenario», *El País*, 2 de mayo de 1908. Jota de Miguel de Samos, *El Gancho*, octubre de 1908, pág. 2.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUILAR, Paloma (1997; 1999), «Pérez Galdós, Benito», en Andrés de Blas Guerrero, *Enciclopedia del nacionalismo*, Madrid, Alianza, págs. 608-611.
- ÁLBUM OFICIAL (1908), *Álbum oficial descriptivo de la Exposición Hispano-Francesa. Zaragoza 1908*, Barcelona, Tipografía Castillo.
- ALCALÁ-ZAMORA, Niceto (1977; 1998), *Memorias*, Barcelona, Planeta.
- ÁLVAREZ CHILLIDA, Gonzalo (2002), *El antisemitismo en España. La imagen del judío (1812-2002)*, Madrid, Marcial Pons Historia.
- ÁLVAREZ JUNCO, José (2001), *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus.
- ARAGUAS, Philippe (2000), «Le style mudéjar et l'architecture néo-mudéjare comme composantes de l'idéologie nationaliste dans l'Espagne de la fin du XIXe siècle et du début du XXe siècle », en Carlos Serrano (dir.), *Nations en quête de passé. La Péninsule ibérique (XIXe-XXe siècles)*, Paris, Presses de Université de Paris-Sorbonne, págs. 73-92.
- BLASCO IBAZO, José (1955), *Monumentos conmemorativos existentes en la Muy Noble, Muy Leal, Muy Heroica, Siempre Heroica, Muy Benéfica e Inmortal Ciudad de Zaragoza*, Zaragoza, La Cadiera.
- BRINKMANN, Sören (2002), «El uso público de la Historia regional: un monumento a Lanuza», en Carlos Forcadell, Carmen Frías, Ignacio Peiró y Pedro Rújula (coords.), *Uso públicos de la historia*, Actas del VI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, Zaragoza, Asociación de Historia Contemporánea, págs. 61-73.
- CENARRO, Ángela (1979), «La Reina de la Hispanidad. Fascismo y nacional-catolicismo en Zaragoza», *Revista de Historia del Instituto Jerónimo Zurita*, núm. 72, págs. 91-101.
- CENTENARIO DE LOS SITIOS (1908), *Centenario de los Sitios de Zaragoza. Homenaje a la Santísima Virgen del Pilar. Grandiosa iluminación de su Santo Templo Metropolitano*, Zaragoza, Mariano Salas, impresor del Excmo. Sr. Arzobispo.
- DEMANGE, Christian (2003), *El Dos de Mayo. Mito y fiesta nacional (1808-1958)*, Madrid, Marcial Pons Historia.
- FEBO, Giuliana di (2002), *Ritos de guerra y de victoria en la España franquista*, Bilbao, Desclée de Brouwer.
- FERNÁNDEZ CLEMENTE, Eloy (2002), «Zaragoza y la Exposición Hispano-Francesa de 1908», conferencia inédita, cortesía del autor.
- FORCADELL ÁLVAREZ, Carlos (1997), *Historia de Zaragoza. Zaragoza en el siglo XIX (1808-1908)*, Zaragoza, Ayuntamiento.
- GARCÍA LASAOSA, José (1984), *Basilio Paraíso. Industrial y político aragonés de la Restauración*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
- GONZÁLEZ, María Jesús (2003): «El rey de los conservadores», en Moreno Luzón (ed.) (2003), págs. 111-149.
- HALL, Morgan C. (2003): «El rey imaginado. La construcción política de la imagen de Alfonso XIII», en Moreno Luzón (ed.) (2003), págs. 59-82.
- JIMÉNEZ ZORZO, Francisco Javier; MARTÍNEZ BUENAGA, Ignacio; MARTÍNEZ PRADES, José Antonio; y MARTÍNEZ VERÓN, Jesús (2004), *Aragón y las exposiciones*, Zaragoza, Biblioteca Aragonesa de Cultura.

- JUAN GARCÍA, Natalia; y ARRUGA SAHÚN, Jorge (2003), «La Exposición Hispano-Francesa de 1908», *Boletín del Museo e Instituto "Camón Aznar" de Ibercaja*, núm. xc, págs. 115-220.
- Lo que la Muy Noble (1995), *Lo que la Muy Noble, Muy Leal, Muy Heroica, Siempre Heroica, Muy Benéfica e Inmortal Ciudad de Zaragoza, recuerda en más de sesenta inscripciones lapidarias, todas visibles desde la vía pública*, Zaragoza, La Cadiera.
- Los Sitios (1908), *Los Sitios de Zaragoza. Homenaje de los generales franceses y españoles a los héroes de la Independencia*, Madrid, Biblioteca Ateneo.
- MARTÍNEZ HERRANZ, Amparo (1991), «La obra gráfica producida a raíz de la Exposición Hispano-Francesa de Zaragoza de 1908», *Seminario de Arte Aragones*, núm. 45, págs. 185-239.
- MARTÍNEZ VERÓN, Jesús (1984), *Arquitectura de la Exposición Hispano-Francesa de 1908*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico» de la Diputación Provincial.
- MICHONNEAU, Stéphane (2002), *Barcelona: memòria i identitat. Monuments, commemoracions i mites*, Vich, Eumo Editorial.
- MONEDERO ORDÓÑEZ, Dionisio (1895; 1901), *Conferencias patrióticas*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra.
- MORENO LUZÓN, Javier (2003), «Memoria de la nación liberal. El primer centenario de las Cortes de Cádiz», *Ayer*, núm. 52, págs. 207-235.
- MORENO LUZÓN, Javier (ed.) (2003), *Alfonso XIII. Un político en el trono*, Madrid, Marcial Pons Historia.
- NAVARRO, Félix (1906), *El Monumento a los Sitios con el templo del Pilar de Zaragoza según el plan del arquitecto don*, Zaragoza, Impresor de M. Salas, Impresor del Excmo. Sr. Arzobispo.
- PAMPLONA ESCUDERO, Rafael (dir.) (1911), *Exposición Hispano-Francesa de 1908. Libro de oro. Crónica ilustrada escrita bajo la dirección de D., exalcalde de Zaragoza*, Zaragoza, Imprenta y Fotgrabado del 'Heraldo de Aragón'.
- PÉREZ GALDÓS, Benito (1874; 2001), *Zaragoza*, Madrid, Alianza.
- REYERO, Carlos (1999), *La escultura conmemorativa en España. La edad de oro del monumento público, 1820-1914*, Madrid, Cátedra.
- SALA VALDÉS y GARCÍA SALA, Mariano de la (1908), *Obelisco histórico en honor de los heroicos defensores de Zaragoza en sus dos sitios (1808-1809) por D., general de brigada, correspondiente de la Real Academia de la Historia*, Zaragoza, M. Salas, Impresor del Excmo. Sr. Arzobispo.
- SERRANO GARCÍA, Montserrat (1997), *La Restauración en Zaragoza (1875-1907)*, Tesis doctoral, Universidad de Zaragoza.
- SALOMÓN, Pilar (2002): *Anticlericalismo en Aragón. Protesta popular y movilización política (1900-1936)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.
- SUÁREZ CORTINA, Manuel (2000), *El gorro frigio. Liberalismo, democracia y republicanismo en la Restauración*, Madrid, Biblioteca Nueva/Sociedad Menéndez Pelayo.
- VARIOS AUTORES (1908), *Sevilla en la Guerra de la Independencia*, Sevilla, Junta de Semana Santa, Corpus y Ferias.



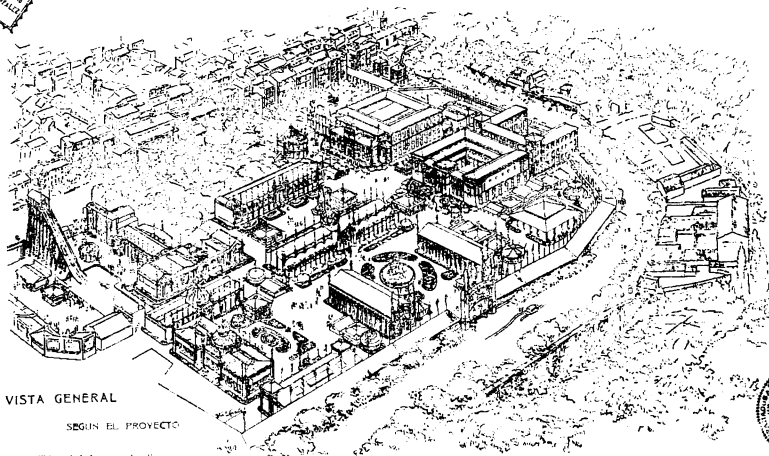
Monumento a los Sitios de Zaragoza, de Agustín Querol. Boceto publicado en *Revista Aragonesa* (1907)

EXPOSICIÓN HISPANO-FRANCO-GERMANICA
DE 1908
EN ZARAGOZA

EXPOSICIÓN HISPANO-FRANCESA de 1908

17 DE MAYO A 31 DE OCTUBRE

en ZARAGOZA



VISTA GENERAL

SEGUN EL PROYECTO

Edificios principales en construcción

Page 7/10

M. B. 1000, P. 10

Proyecto de la Exposición Hispano-Francesa de 1908. Vista general. Archivo General de Palacio, Madrid



Publicidad de un expositor en la Exposición Hispano-Francesa, con motivos patrióticos (la Puerta del Carmen, los héroes Casta Álvarez y el Tio Jorge, y la bandera nacional). Archivo General de Palacio, Madrid